

Oriente envían á sus eunucos para que les lleven pomada de nardo con que atraer á sus gracias y á sus amores al voluptuoso señor, ya harto de placeres. El mercader cuenta con ávidos ojos el oro tartesiano arrancado á las tierras donde el sol se duerme como se duerme el dorado abejorro en el cáliz de la flor. El viejo piloto pasa embozado en su manto de lino rayado, contando que si hoy está ya vacilante, en su juventud así ha servido para pisar la tierra abrasada del Yemen, como para burlar los escollos del Mar Rojo. Aquel otro navegante refiere que ha visto las columnas de Hércules, fin de la tierra, que ha orado en el templo gaditano, que ha puesto en aquella ara milagrosa una plancha de oro, y que después de haberse perdido en las nieblas de mares ignorados como el águila entre las nubes, trae estaño y oloroso y amarillo ámbar. Ese otro comerciante ha ido á Ofir, y después de tres años de penalidades y trabajos trae blanco marfil para las popas de las naves, especias finas para perfumar nuestros manjares, negro y lustroso ébano, monos que saltan y divierten nuestros ócios, pavos reales que encantan los jardines con los colores de sus sedosas y matizadas plumas, teñidas sin duda en el jugo de las flores de aquella feliz tier-

ra. Un mago del rey se lleva un manto teñido en púrpura, preciosa sangre de las diosas marinas, guardada en las conchas del mar para Tiro, por lo mismo que nunca ha derramado la sangre de los hombres. Un esclavo compra para su señor una copa de cristal de Seraphtha, que brilla como si fuera un diamante. Otro se lleva una diadema de pedrería de la Arabia para la estatua de una diosa de Siria. Todos los pueblos comarcanos vienen á esta festividad á respirar los aromas de la mirra del Yemen, de la canela traída de las tierras de Baco, del cinamomo arrancado al nido de grandes y desconocidas aves, del nardo de la India, del incienso de Zuila, que es el más grato á todos los dioses de la tierra. Las caravanas de Dedan llegan cargadas de dátiles. El rico fenicio pasa medio tomado del vino de Calibon que ha podido salvar de los reyes de Persia. El borrego de Siria bala en el extremo del mercado, y á lo mejor se escapa y corre hácia el monte, arrastrando su cola como el rey su manto. Los montones de trigo de Jerusalem parecen montones de granos de oro. La plata de Iberia traída quita la luz de los ojos. ¡Ay! Para que nada falte, se oye el lamento de los esclavos que van á ser vendidos. ¡Eh! ¡Amigos! ¿Quién me compra lino del Egipto?

UN PILOTO.

Vengo de Iberia, de la tierra del oro, de la tierra feliz, de la tierra más hermosa del Universo. Dos mares, el uno azul y claro como el mar de Grecia, el otro verde y oscuro, se disputan, cual rivales celosos, la dicha de besar las orlas de su manto. Las revueltas ondas, cuando se retiran despues de haber herido con sus espumas aquella bendita tierra, gimen, porque quisieran reposar eternamente en su seno, entre sus encinas, y sus naranjos, y sus viñas, y sus jazmines, y sus umbrosos pinos. Allí el cielo es como dulce sonrisa; el aire continuo suspiro embalsamado como el que exhalan los labios de la mujer querida en voluptuosa noche de amores; la tierra jardin en que todo florece, lecho blando y mullido para eterno descanso; los mares fieles amigos del hombre; los rios armoniosos cantores que van trenzando guirnaldas en su camino hácia el mar; las montañas ricos joyeros donde el sol ha encerrado rayos de su espléndida corona convertidos en oro, como las lágrimas de la luna se han cuajado en brillante plata por todas sus llanuras, que convidan á la felicidad con el regalado beso de sus céfiros. Dejádme reposar en aquella tierra, donde hay dos

mares, donde la luna celebra sus amores, donde todas las aves cantan y todas las fieras se aman, donde en cada piedra brota un rosal, donde los árboles bajan sus frutos hasta los labios mismos del hombre, donde el cielo resplandece con alegría infinita, donde la luz derrama sus mejores arreboles, donde están, allá en el último término de Occidente, los carros de ópalos y zafiros en que el sol recorre los espacios. Allí es de ver el mar coronado de espumas, el cielo mirándose en el mar, las costas cubiertas de jazmines, los árboles cargados de frutos de oro, y las mujeres bajo los árboles, coronadas con sus trenzas de ébano, atrayendo á los navegantes con aquellos ojos velados por larguísimas pestañas, negros ojos en que se pierde el alma como en un profundo abismo de amor. Aquellos campos son tan hermosos, aquellos rios tan puros, aquel aire tan feliz, que el sol, despues de haber bañado en su luz todo el Universo, escoge aquella tierra por su lecho, y allí duerme, velado por sus sirenas, y en cambio le dá en ricos lucientes metales girones de su manto. Iberia, las golondrinas van á buscar desde Oriente. Los ruiseñores te escogen por su nido. Tus árboles dan frutos de oro y se coronan de aromáticas flores. Las naves tienden

sus alas y caminan gozosas, henchidas por el viento, á tus puertos. Y cuando el navegante vé desde la proa aparecer á lo léjos tus riberas, te saluda como la estrella de su felicidad, como el lugar amigo de su reposo. Bendita sea Iberia.

UN EUNUCO.

Vengo al mercado de Tiro, de órden de mi señor, á comprar un niño que necesita para que le escancie todos los dias el vino. Pocos niños veo en el mercado de esclavos. Sin duda la esclavitud no engendra. El hombre en cadenas no puede amar, como el ave no hace su nido en la jaula. Mas por allí veo venir un pirata que trae un niño hermosísimo de la mano. Pirata, ¿quieres venderme ese niño?

EL PIRATA.

No puedo, no, vender este niño, porque me ha costado gran trabajo robarlo, y lo guardo para mí. Con este muchacho, un remo y una vela, soy dueño del mar. Me tiendo en mi barca, doy el blanco lino al viento, y me dejo llevar donde me impulsen las olas; que nunca falta un anzuelo para el pez, ó una flecha para el ave, y el necesario sustento. Allí respiro. Mi pecho se ensan-

cha, mi audaz mirada se abisma en el cielo, mi voz grita como los vientos, mi deseo vuela como la gaviota, y mi corazon late como las olas que besan los costados de mi velera nave. No tengo miedo al mar, porque es tan mi amigo, que no sé distinguir sus horizontes de mi pensamiento, sus estelas de mis ilusiones, sus noches de luna de mis noches de amor, su calma de mi sueño, ni sus tempestades de mis pasiones. Yo no tengo familia. Mi vida ha sido vida de lucha y de violencia. La mujer á quien he arrancado por fuerza un instante de placer, la he abandonado en la misma ribera, lecho de mis fugaces y violentos amores. Y no tengo hijos, y he robado este niño.

EL EUNUCO.

¿Y cómo lo has robado?

EL PIRATA.

Voy á contártelo. Tú no habrás visto esas islas hermosas que se levantan al Poniente, y á cuyas riberas se llega despues de seis dias con seis noches de navegacion, cuando el viento es favorable. Son montañas coronadas de mirto y de lentisco, ceñidas por las espumosas olas, bordadas de flores, y en sus cimas se levanta un tem-

plo de mármol blanco, habitado por un dios á cuyos piés ardé en tripode hermosísima de oro un sacrificio que consume inocentes corderos y blancas palomas, en tanto que los mancebos entonan los cantares de su religion al son de liras de ébano y marfil, y las vírgenes, vestidas de lino y coronadas de verbena, bailan trenzando sus danzas con guirnaldas de laurel, para ofrecer á su genio tutelar todos los dones de la fecunda naturaleza, siempre allí florida y riante como la imaginacion de sus hijos, pues todos han nacido poetas. Allí se levanta, entre otras, la isla de Ortygia, que eleva su frente sobre las olas, coronada de pámpanos y espigas. Su fértil suelo, su tranquilo horizonte, sus seguros puertos llamaron mis miradas á tan dulce y tranquilo promontorio, y como el ave marina hice de aquella isla mi nido. Reinaba en ella un varon justo y fuerte, que en cambio de telas de púrpura me dió oro, y lo que vale más que el oro, franca hospitalidad. Aún recuerdo el festin con que me honró en su palacio. Despues de haberme bañado y de haber untado mi cuerpo con la pomada de nardo, me vistió una túnica de blanco lino, me envolvió en ancho manto, y me puso en la mano un talento de oro como señal de su amistad. Despues me llevó á una gran plaza

donde estaban los jóvenes más nobles y hermosos del pueblo entregados á sus fiestas y á sus juegos. Unos danzaban con facilidad tal, que parecian de alados piés; otros lanzaban un disco resplandeciente como el sol á larga distancia, despues de haberle dado tres vueltas en los dedos; otros peleaban, teniendo por escudos cestos; y los más con rara habilidad manejaban el arco, clavando la aguda flecha en el codiciado blanco. Divertido ya el ánimo, fuimos á comer, y nos repartimos sabrosos pedazos de cerdo y de carnero, mientras el poeta de la isla, en una silla sembrada de clavos de plata que relucian como estrellas con la lira de ébano y marfil en la mano, reclinada la frente en el mármol de una columna, mirando despreciativamente el festin y la copa que llena de vino habia á su lado, nos contó en lengua divina, en armoniosísimos versos, las hazañas de sus héroes y de sus dioses.

EL EUNUCO.

¡Bien te trataba!

EL PIRATA.

Y sin embargo, yo cometí con él una gran perfidia. Al salir del festin, vi un niño, pequenuelo,

de ojos azules, de rizada cabellera, tendido en el regazo de su madre, cuya hermosura aumentaba aquella prenda de cariño, como el capullo aumenta la hermosura de la rosa. «Es mi hijo,» exclamó el rey, al ver cómo yo me quedaba embebecido contemplando tan hermosa criatura. En el mismo instante sentí el deseo de llevarme aquel hermoso niño. Tú no sabes cómo el mar acrecienta la intensidad de los deseos. Al ver que en débil lona aprisionamos los vientos; que suspendidos sobre los abismos burlamos su profundidad; que las olas vienen como para sumergirnos, y levantan nuestra nave cual esclavas sobre sus espaldas; que el huracan y la tempestad, si juegan un instante con nosotros, vuelven á dormirse, como el mar alborotado, á nuestras plantas; acostumbrados á no encontrar obstáculo en la inmensidad y á vencer la naturaleza con nuestras pobres fuerzas, el deseo subleva nuestra alma lo mismo que el viento hace hervir las aguas del Océano. Cuando me quedé sólo en mi barco, pensé la manera de poner por obra mi deseo, de realizar mi audaz pensamiento. Yo, sólo en el mundo, sin más propiedad que mi barca, sin más compañeros que mis piratas, acostumbrados á unirse á mí para el robo y á dispersarse despues

para gozar de ese robo; sin más porvenir que sepultarme en las aguas del mar, quise tener una pasión dulce y tranquila, un cariño entrañable, un sér que me debiera su existencia, y decidí robar ese niño que ahora ves crecido jugueteando por el mercado, teniéndome por padre. Decidí pagar la hospitalidad de los reyes con grandes regalos, y atraerme así más y más su amistad y ganarme su corazón. Llevé al rey un manto sembrado de estrellas de plata que parecía un cielo, y á la reina un collar de ámbar y oro. Con estos y otros dones ganéme la amistad de todos. Yo era el primero en las fingidas peleas, yo lanzaba el disco más lejos que ningun jugador, yo alcanzaba con mi honda baleárica donde no podía alcanzar ningun brazo, yo ponía la flecha donde ponía el ojo, yo en luchas marítimas desafiaba á todos, y mi barca, á impulso de los remos, por mi manejados, volaba coma un ave marina sobre las ondas. Así me gané todos los corazones de aquel pueblo dado á la fiesta. Entre todos puse mis ojos en la esclava que guardaba el niño, esclava fenicia, que hablaba mi lengua y tenía mis propios dioses. Requerila de amores, y cayó de rodillas á mis piés jurándome eterno cariño. Le prometí arrancarla de la esclavitud, volverla en

mi barca al pátrio suelo, hacerla dueña de mis riquezas, si arrancaba el niño al techo paterno. Decidióse por fin, movida de tantas pasiones, á ceder á mi ruego, que segun los medios de que me valia, más era mandato. En una noche oscura en que el viento jugaba con las nubes en el cielo, con los mares en la tierra, abandonó el palacio de sus amos, y me trajo el niño á la orilla donde estaba atracado mi barco. Yo se lo arranqué de los brazos, lancéme de un salto á la barca, izé la vela, zarpé, y dejando abandonada á la criminal esclava, di la vuelta á Fenicia. Al pronto lloró el niño, preguntó por sus padres, por su esclava; pero mis caricias lo encantaron, y el tiempo con su eterno soplo borró todo recuerdo de su memoria. Hoy es mi hijo. Iza la vela, le coge rizos si aprieta el viento, rema con grande habilidad, conoce las señales de la tempestad, sabe llamar el viento cuando las aguas están dormidas, y vive, á pesar de ser niño, con gran contento la vida tempestuosa del navegante.

EL EUNUCO.

Ya veo que, por lo mucho que te ha costado, es imposible que te separes de ese muchacho. Pero andan por demás escasos los pequeñuelos

en este mercado. Debo comprar uno para mutilarlo y encerrarlo en un serrallo, y veo que no voy á encontrarlo. Y eso que el rey de Persia, riquísimo en esclavos, acaba de echar casi todos los suyos al mercado. ¿Quién me venderá un muchacho?

EL PIRATA.

Allí veo entrar una pareja. Es un jóven hermoso, en todo el vigor y toda la robustez de la edad, nervudo, sobre cuya frente brillan los rizos de una rubia cabellera, como los rayos de luz sobre la frente del sol; seguido de una jóven, tierna, delicada, resplandeciente de gracia, que lleva la cabeza caída sobre el pecho en señal de amarguísimo dolor, y que de vez en cuando vierte de sus rasgados ojos algunas lágrimas; y los dos llevan de la mano un niño que refleja fielmente la hermosura de los que parecen sus padres, y que se rie cuando lloran ellos, porque no comprende que entrar en el mercado es tanto como una separacion eterna de todo lo que ama ya en el mundo. ¡Oh! Mirad, mirad ese mercado de carne humana, ese mercado de dolores, de penas, de terribles angustias. Unos están indiferentes, en tierra tendidos, mirando con estúpidos soñolientos ojos

al que los vá á comprar como si el dolor hubiera en ellos embotado el sentimiento. Otros dan vueltas en el pequeño círculo en que están encerrados, saltan como para recoger más aire en su pecho, acechan con mirada de ódio al mercader que los guarda, y tienden los brazos al horizonte, á lo infinito, como el ave prisionera bate sus alas en la jaula y mira tristemente el vago éther en que se perdía su vuelo. A un lado hay dos africanos que hablan de su tierra, del inmenso desierto, del fiel camello, de los negros dioses de sus padres, de la cabaña apoyada en el tronco de la palmera, del oasis donde corría abundosa y clara fuente, del águila que se cernía sobre sus cabezas, de las huellas del tigre que seguían para cazarlo; y á cada objeto que recuerdan, un amargo sollozo, salido de lo más profundo de sus corazones, parece como que vá á llevarse tras sí la vida. Allá en el fondo una mujer separada de su amante se retuerce los brazos, se arranca el cabello, se hiere contra la tierra, rechaza el breva de harina de cebada con sal que le ofrece su dueño, y llama á grandes clamores la muerte. Aquí en primer término se ven unas jóvenes hermosísimas y silenciosas y resignadas. Su dueño las ha desnudado para atraer la mirada voluptuosa de los

ricos y de los poderosos. Ellas, de rodillas, encendidas de rubor, no se acuerdan de su desgracia, sino de su desnudez, y pugnan por ocultarse con sus largos cabellos, que á manera de un velo caen por sus espaldas. Por aquí oigo un infeliz que ruge como una fiera. Es un salvaje que acaba de ser arrancado á la libertad de las selvas. Estaba acostumbrado á vivir en sus fragosidades, á saltar de roca en roca, á tener por vivienda las cavernas, á comer la fruta caída del árbol, á extinguir su sed en los torrentes, á imitar en su cántico el rugido de la tempestad, á calentarse en el aterido invierno allá en la cima de los volcanes, como nos calentamos nosotros al amor de la lumbre en el reducido hogar. Y lo han perseguido, y lo han cazado como una fiera, y lo traen aquí, á la estrechez mezquina de esta vida, cargado de cadenas. Así lanza aullidos, rechina los dientes, se golpea con las cadenas todo el cuerpo, se levanta, salta, y vuelve á caer bajo la inmensa pesadumbre de sus hierros, escupe hiel á la cara de todos los que le miran, amenaza devorarlos á todos, y convierte los sanguinolentos ojos á la cima de las montañas donde fué su libertad, y algunas lágrimas surcan y escaldan sus mejillas como la ardiente lava que corre entre las hendi-

duras de un volcan. Pero aparte de estos grandes dolores, de estas amargas penas, lo más triste que hay en el mercado es la estúpida indiferencia, la resignacion, la tranquilidad de ese gran número de esclavos que ven cómo se comercia con su vida, con los más caros sentimientos, y yacen ahí cual yertos cadáveres. ¡Ay! Entre todos llaman mi atencion aquellos dos jóvenes que no há mucho entraron con un niño en el mercado para ser vendidos. La resignacion se vé en los ojos del mancebo. Mal envuelto en un manto de lana que dibuja admirablemente sus hermosas formas, rodeada la cabeza de cabellos que brillan más que las diademas de los reyes, ancha y espaciosa la frente, iluminados los ojos, vibrando los lábios entreabiertos como si fueran á verter una maldicion, apoyado con indiferencia en su báculo, parece la estatua de un Dios. A su lado su pobre compañera, vestida con una túnica de lino de Egipto, luchando con la pesada cadena que sujeta sus brazos, desesperada y llorosa, deja entrever en su hermosísimo rostro la intensidad infinita de su dolor, y pone sus ojos llenos de lágrimas en el cielo, y oprime contra su seno á su hijo, que se sonríe con inocente sonrisa, único iris que se vé brillar en esta gran tempestad de dolores y pasiones.

EL EUNUCO.

Puesto que veo ahí un niño que debo llevarme conmigo á toda costa, voy á comprarlo, sea el que quiera su precio. Siento herir esos dos corazones; pero tambien yo tuve padres, tambien perdí yo el dulce calor del maternal regazo. Acompañame, buen marino, ya que conoces tan bien este mercado.

IRIA.

Aquí no puedo respirar. ¿Te acuerdas? La luz de la mañana teñía de violeta y rosa las nevadas cimas del Libano; los cedros y los pinos vibraban como arpas acabadas de pulsar; el mar se sonreía al primer beso de la mañana; las flores sacudían sus corolas, orgullosas con las diademas de rocío que les había ceñido la noche; los torrentes se precipitaban de los altos montes, uniendo sus gigantescos rumores al grito de las águilas que abrían sus alas sobre los abismos; y la alondra, como uno de esos pensamientos alados que se escapan del alma feliz al cielo, volaba á recibir en sus ojos el primer rayo del sol, y al rizar sus alas el aliento del nuevo día, entonaba un cántico, dulce eco de nuestra felicidad. Aquí hemos

venido á padecer tan solo , á escuchar maldiciones, ayes, quejidos, rechinamiento de dientes , y el roncar de la desesperacion , ya insensible , ya estúpida. ¡Oh! ¿Y vendrán? ¿Y pondrán precio á mi hijo? ¿Y lo arrancarán de mi seno? ¿Y nos separarán para siempre, para siempre? Mi corazon salta del pecho. Un vértigo horrible se apodera de mi mente. La única esperanza que me queda es que tan gran dolor , cayendo como una gota de corrosivo veneno sobre este corazon ya destrozado , lo romperá, lo deshará, é iré á dormir para siempre en brazos de la muerte. ¡Ay! Mas aun en la muerte, aun sepultada en la fria ingrata tierra, una lágrima tuya, amado mio, un sollozo de mi hijo, me despertarán al tormento y al eterno dolor. Ya no puede haber más amarga hiel. La retama del bosque es dulce, comparada con el dolor que me ahoga. ¡Ah! Es tan grande, es tan intenso , que la muerte misma no tendrá en sus negras fauces un soplo que pueda apagarlo. Dioses de mis padres, ¿dónde, dónde estais?

ORIEL.

No invoques, no llames á dioses que nos han condenado á la esclavitud. ¡Ah! Se evaporará el mar como una lágrima, se perderá la tierra como

la nube de polvo que levanta la caravana en su camino, se apagarán todos los astros, como las luciérnagas se apagan y mueren, se rasgará el cielo como un sudario, la nada extenderá su profundo abismo donde hoy reina la vida, como la lápida del sepulcro cae sobre el cadáver, y lo único que existirá, ¡ay! será este dolor mio, que no tiene límites, como un mar de hiel y de ponzoña. Esclavo, misero esclavo, ¿quién me dijo que podia amar? ¿Cómo he engendrado yo séres infelices? Soy muy culpado, y el remordimiento se agarra como un buitres á mi dolorida cabeza. Si la víbora supiera el mal del veneno que lleva en sus dientes, no engendraría, no, viboreznos. Y yo, sabiendo que es la esclavitud eterno dolor, eterna sombra, eterna degradacion, he tenido hijos. ¿Por qué he dado un ósculo de amor? Antes que amar, debiera haber muerto. Sí, muerte, ven por el hijo á quien he dado la vida. Nada, si es que existes, ven arrastrando tu manto de tinieblas, y trágate al inocente á quien he dado el sér. Es preferible no ser, á ser viviendo torpe vida de esclavos.

IRIA.

Vienen, vienen compradores. Mira qué ojos

tan codiciosos ponen al mirar al niño. Se lo van á llevar. ¡Oh! Yo no puedo sufrirlo. Que vengan, que me partan el pecho, que me arranquen el corazón, pero que no se lleven á mi hijo. Yo serviré de rodillas toda la vida al que á su lado me deje, toda la vida. Yo llevaré una cadena pesada al cuello y otra en los piés; que todas me parecerán leves si puedo sentir el peso del cuerpo de mi hijo en los brazos. ¡Que no nos separen! El que nos compre separados, se lleva tres cadáveres. El que nos compre juntos, nos hace felices. ¡Pobre hijo mio! ¿Para eso lo he criado yo, para eso? No, no. ¡Con cuánto cuidado lo calentaba en mi seno! ¡Cuán ufana estaba yo cuando hartaba con dulce leche de mis pechos su hambre! Su sonrisa es mi felicidad, su aliento el aire necesario para mi vida, su mirada mi luz, sus besos mi alimento. No, no me lo arrebatarán. ¿Quién puede arrebatar á la leona sus cachorros? Morirán los que le toquen. ¡Infeliz de mí! ¿Qué puedo yo hacer, qué? Harto haré con llorar y con morirme. Una pobre mujer no tiene más defensa que sus lágrimas. He vertido tantas, que mis ojos están secos. He exhalado tantos suspiros, que mi corazón está yerto ya, habiendo perdido todo el calor de su vida. ¡Oh! ¡Morir, morir dejándolo en la esclavitud!

ORIEL.

Conten un poco tu dolor. Yo te he hecho desgraciada.

IRIA.

No. La única felicidad que he gustado en la vida, á tu lado la he gustado. Amarte siempre es mi destino. El dolor me dice que te amo con delirio. ¡Oh! ¡Cuánto daría por aquella cabaña que hemos perdido, pobre albergue de nuestros dulcísimos amores! No, no maldigas este amor, único rayo de luz que ha atravesado la negra noche de nuestra mísera existencia. ¡Ah! Vienen, vienen. Miran el niño. Les gusta. ¿Por qué, ¡oh dioses! no había de poder encerrarlo de nuevo en mi seno? ¡Qué oigo! (*Da algunos pasos, vacila, y cae en el suelo.*) ¡Qué oigo! ¡Preguntan su precio! ¿Quereis saberlo? Su precio es mi sangre, mi vida, mi alma, todo mi sér. Su precio no puede darlo ningun hombre; su precio es el corazón de su madre. Una fiera, si viese á una madre por su hijo desesperada y llorosa, sentiría compasión. ¿Y vosotros sois ménos que las fieras? ¡Ah! Se van, se van. Descanso. Pero vienen otros compradores, otros. Voy á perder el sentido. Desvaría mi cabeza.